

Capítulo 1

Antecedentes teóricos y de investigación sobre élite

Hay quienes afirman que en cualquier actividad de la vida social se pueden conformar grupos que por sus cualidades, recursos o habilidades logran ubicarse en las posiciones más eminentes. De todos los posibles grupos que se constituyen en los distintos campos de la actividad social hay dos que, por su incidencia y capacidad, han sido siempre objeto de estudio en las ciencias sociales: la élite política y la élite de poder.

Esta última tiene como referente esencial la constitución de redes de poder en torno a la apropiación o control de recursos especialmente económicos. Una especie de clase económica o imperante, como la denomina Miliband (1980). Su recurso eficiente y objeto de disputa es el capital económico, en todas sus manifestaciones posibles. Por su lado, la élite política se constituye en las redes de poder para la apropiación y control de las formas de capital po-

lítico, para adelantar la intensa lucha por el dominio y el mantenimiento de las posiciones dominantes del campo del poder estatal.

El presente estudio toma como referente primordial el ejercicio de lo político por parte de los actores y grupos de poder considerados. Se halla centrado en la perspectiva del poder político y no en el económico, sin olvidar lo significativo de este último para la construcción de redes de poder. Por tanto, el estudio de la élite política, que tiene como centro de actividad la “toma”, el ejercicio y la conservación del poder¹ estatal, es el tema central de este trabajo.

Como lo plantea Bobbio, la teoría de las élites parte de considerar que:

[...] en toda sociedad el poder político, o sea, el poder de tomar y de imponer, aun recurriendo en última instancia a la fuerza, decisiones valederas para todos los miembros del grupo, le pertenece siempre a un círculo restringido de personas (1987: 526).

Se puede afirmar que si los estudios de élite inevitablemente aluden a la manera en que se “distribuyen” los recursos eficientes

¹ En un primer momento, entiendo por poder la probabilidad de imponer la propia voluntad, en una relación social, aún contra toda resistencia (Weber, 1977). Como relación social implica por lo menos dos actores en planos de desigualdad. El poder como ejercicio –no se posee– no se tiene, lo que se puede poseer son recursos –económicos, militares, culturales, etc.–, que pueden potenciar la posibilidad de quien los posea, de ejercer poder sobre otros. El acopio de recursos lo que da es la capacidad de acción del individuo o del grupo sobre otros.

de poder en una determinada sociedad, no todas las posturas teóricas sobre el asunto parten y desarrollan sus perspectivas desde el mismo enfoque.

Por ejemplo, los llamados elitistas consideran que los recursos de poder se encuentran concentrados en manos de unos pocos individuos, y que esta concentración de poderes es lo que les permite situarse en las mejores posiciones de estatus y poder social. Esta corriente teórica es orientada básicamente desde los aportes de Mosca, Pareto y Michel, entre otros. Con Mosca irrumpe, en la terminología académica, la noción de clase política, como noción alternativa a la de clase, relacionada con la propiedad de los medios de producción, propia de la teoría marxista.

Tanto Mosca como Pareto, suelen ser considerados teóricos defensores del “orden burgués”, legitimadores de las élites en las sociedades industrializadas avanzadas, seguramente por algunas de las tesis y formulaciones centrales de estos pioneros de la teoría elitista.

Mosca plantea que en toda sociedad existe un dominio de una minoría organizada sobre una mayoría desorganizada, a la que denomina *clase política* (Ettore, 1987: 127). Para él existen dos clases de personas: los gobernantes y los gobernados. La primera, menos numerosa y que desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que a ella van unidas; la segunda es más numerosa y se encuentra dirigida por la primera. El autor considera que la dominación de la élite no se funda en la fuerza, sino en un acuerdo nacido de cierto “circuito virtuoso y solidario entre gobernante y gobernados”, ya

que ambos reconocen el fundamento del poder ejercitado y obedecido en un campo común de valores y sentimientos que denomina “fórmula política”.

La minoría que controla el poder social, requiere de unas “técnicas de consenso”, las que permiten legitimar y justificar su poder. Esta fórmula política como principio de justificación, está constituida por el conjunto de creencias aceptadas que da a la clase política su fundamento de legitimidad, base de la obediencia. Al respecto, señala Mosca que:

[...] ésta base jurídica y moral sobre la que se apoya el poder de la clase política en todas las sociedades, es la que en otro trabajo hemos llamado, y que de ahora en adelante llamaremos aquí *fórmula política*; lo que los filósofos del derecho denominan generalmente “principio de soberanía” (*Ibíd.*, 132).

En este mismo orden de concepción teórica se halla otro gran pionero de la teoría elitista: Pareto (*Ibíd.*). A diferencia de Mosca, y con una perspectiva de élite más política, éste tiende a enfocar el concepto de élite en términos económicos y sociológicos. Es con Pareto que se da el tránsito del concepto de clase política a élite. Considera la inevitabilidad en las sociedades de los grupos dirigentes, que siempre han existido como protagonistas de la historia, pues ésta ha sido siempre un “cementerio de élites”, ya que ellas circulan permanentemente entre las más vigorosas, frente a las que, con el desgaste del poder, se van tornan-

do débiles y conciliadoras. En Pareto hay una perspectiva individualista de la élite, pues este autor se centra en las cualidades excepcionales de los sujetos para constituirse como miembros de élite.

En el mismo sentido, aunque con algunas variantes, hallamos a Michels, quien pone a prueba empírica la teoría elitaria con el estudio de la organización de los partidos políticos en Alemania. En su aproximación al estudio de estas organizaciones descubre que en ellas, finalmente, termina decidiendo una “élite” de partido, a la que denomina “ley de hierro de los partidos”, pues dentro del partido y de todas las grandes organizaciones se crea una oligarquía que limita el desarrollo de las posibilidades democráticas, pero con alguna complicidad y complacencia de las masas.

Así, se podría señalar que los tres autores mencionados son, en su orden, los primeros teóricos sobre las minorías del poder. Lo que Meisel llamó, en 1962, “El fantasma de la élite” que persigue el siglo del hombre común.

Con algunas precauciones, se puede considerar a Charles Wright Mills (1993) como un continuador de las posturas teóricas de élite de los autores ya señalados. Obviamente, con algunos supuestos teóricos, conceptuales y metodológicos más afinados. En primer lugar, este autor se refiere al hecho de la concentración y expansión de los medios de poder en la sociedad contemporánea y para las grandes potencias. Es decir, a cómo la riqueza, el poder y el prestigio tienen un carácter acumulativo que constituye una verdadera gradación e inequidad en la apropiación y el ejercicio de los mismos.

Para Mills, la élite está constituida por aquellos hombres y mujeres que toman las decisiones fundamentales en una sociedad, aunque no necesariamente estos se juntan y controlan de una manera consciente o en una suerte de “conspiración desde la historia”. Mills muestra que las grandes masas de la población americana están dominadas por un reducido número de individuos, quienes configuran la élite de poder en la sociedad: los propietarios de las grandes corporaciones, los políticos y los altos mandos militares.

Estos tres grupos que confluyen conjuntamente en las altas esferas de sus respectivas pirámides institucionales, forman una élite de poder con múltiples lazos e interconexiones entre sus miembros, con formas de autoridad relacional dentro de la estructura social de poder.

Para el autor, en primer lugar, la unidad de la élite de poder se apoya en las coincidencias estructurales de las posiciones de mando y de sus respectivos intereses objetivos; en segundo lugar, en toda la red de relaciones sociales que mantienen entre sí los miembros de cada uno de los sectores de la élite: idénticos orígenes sociales, relaciones familiares y personales, intercambio de individuos de las posiciones de un sector a otro, etc.

En tercer lugar, el autor señala que algunos individuos y grupos llegan a ocupar ciertas posiciones en la sociedad norteamericana y que con sus decisiones afectan poderosamente los mundos cotidianos de individuos corrientes. De esta forma, sus decisiones afectan el trabajo de muchos y tienen grandes consecuencias, pues ocupan los puestos de mando de la estructura social donde están concentrados los

medios efectivos del poder, riqueza y prestigio. En cuarto lugar, las personas de élite pueden definirse, a sí mismas, como personas naturalmente dignas de lo que poseen, como una élite natural de personalidad selecta, como individuos con un carácter moral más exquisito, todo lo cual se constituye en una ideología de élite que encubre que su carácter y su pericia técnica, administrativa e intelectual son un producto social.

Otra concepción teórica sobre el poder, señala que en la sociedad moderna el ejercicio y los recursos de poder se distribuyen entre varias fracciones, quienes toman decisiones parciales y en ámbitos específicos de influencia. Uno de los defensores de esta corriente, denominada pluralista, es el politólogo norteamericano Dahl (1993), para quien lo que existe en la actualidad son formas de *poliarquía* que, como grupos, compiten por los espacios de poder en el marco de la democracia moderna. Este autor basa sus consideraciones teóricas a partir del estudio empírico realizado en una pequeña ciudad de los Estados Unidos –New Haven– (1961).

En este estudio el autor llama la atención sobre varios aspectos: 1) que al momento de emprender un estudio sobre élite, se debe tener en cuenta si ésta tiene unos rasgos de grupo definidos, una cierta identidad interna y externa –al igual que Mills–; 2) considerar los casos empíricos en que la élite toma decisiones políticas y se ubica frente a otros intereses contrarios, para no caer en subjetivismos e imprecisiones; y 3) detectar cuándo los miembros de élite logran “imponer sus decisiones” u obtienen victorias, sólo

de esa manera, sería posible hablar de élites políticas en plural. Pues el autor es, como señalamos, defensor de la teoría pluralista del poder.

De todas formas, se debe señalar otra corriente crítica, tanto de elitistas como de pluralistas, que indica la imposibilidad de separar las categorías de poder y clase, pues ellas se relacionan íntimamente en la fluida realidad social. Esta postura se halla fundamentalmente en los estudios marxistas sobre el poder y el Estado, encabezados fundamentalmente por Poulantzas, para quien el “Estado es ante todo una relación social compleja y un factor de cohesión para que la acumulación del capital avance sin tropiezo” (Ogliastri, *et al*, 1995). En este sentido, se aleja de la concepción “instrumentalista” del Estado, en tanto este último tiene una “autonomía relativa” respecto del “bloque de poder” y de la clase poseedora de los medios de producción. El Estado puede aparecer ideológicamente como neutral, como “el garante político de los intereses de las diversas clases y fracciones del bloque en el poder” (Poulantzas, 2001), frente a los intereses de clase de la fracción hegemónica.

En este mismo enfoque se sitúa Miliband, para quien existe una clase dominante en la sociedad capitalista que posee el control de los medios sociales de producción. Esta apropiación y control de los medios de producción le permite el control de la esfera estatal, con lo que se puede inferir, en su consideración, un tipo de relación instrumental del aparato Estatal por parte de los capitalistas.

En relación con los aspectos de orden metodológico, se pueden numerar al menos cuatro formas posibles para abordar empíricamente la constitución de los miembros de élite. En primer lugar, la metodología posicional, a través de la cual se intenta identificar a la élite por la vía de quienes ocupan las máximas posiciones de poder en una determinada estructura social, bien sea en el ámbito económico, político, simbólico, artístico, etc. En segundo lugar, la llamada metodología decisional, con la que se pretende determinar a grupos de individuos que toman las máximas decisiones vinculantes para un amplio espectro socio-político. Esta metodología procura identificar las grandes decisiones tomadas en ciertas instancias de poder, así como a los actores partícipes de dichas disposiciones.

En tercer lugar, la metodología denominada participante. Con esta se intenta ubicar a quienes participan en los procesos claves de la sociedad. Aunque si consideramos que el eje nodal de un proceso participativo tiene que ver con la toma activa de decisiones, esta última metodología se puede unir con la segunda.

En cuarto lugar, tenemos la metodología reputacional, o sea la que busca identificar a aquellos que son reconocidos por la sociedad como quienes tienen más poder e influencia en la vida socio-política, económica, o del ámbito de estudio que corresponda. Sobre esta vía “técnica”, señala Bobbio que se le ha “reprochado sobre todo de no haber sido capaz de distinguir entre el poder supuesto y el poder real y de haber logrado identificar mejor el poder potencial que real” (1987: 526).

Quedaría por considerar la teoría de redes sociales para el estudio de las élites. Esta teoría plantea un distanciamiento de las categorías atributivas para el análisis de lo social, y se centra en los vínculos existentes entre los sujetos. Considera que sólo a partir de los nexos y las redes establecidas entre estos, se puede dar cuenta de las formas estructuradas de relaciones sociales. Se trata de constituir los vínculos que proporcionan a los sujetos o grupos, las formas de poder eficientes en la sociedad como: el parentesco, la amistad, los matrimonios, las relaciones profesionales, los lazos clientelares, etc., que permiten configurar formas de dominación política.

Por supuesto que estas formas metodológicas (posicional, decisional, participativa y reputacional) suelen conjugarse o triangularse en investigaciones empíricas, con el objeto de lograr una mayor precisión en la construcción de los datos y objetos de estudio.

En general, es a partir de algunos de los autores referidos que se han adelantado estudios de investigación empírica sobre élites y estructura de poder en diversos países y desde diversos autores y disciplinas en ciencia social. En este mismo orden de ideas se hallan algunos análisis sobre élite y estructura de poder en el ámbito nacional, regional y local, sobre los cuales presentaremos unas breves líneas de referencia.

En primer lugar, es significativo el estudio de Collins (1981) en donde se establece la relación entre las familias económicamente poderosas, la propiedad de los principales medios de comunicación local escritos, y la participación

activa en las instancias de decisión política. El tema fundamental del estudio es establecer el papel político de la prensa y su relación con la propiedad de la misma. El autor sostiene que la selección del tema fue dictada por dos importantes observaciones: en primer lugar, que tres de los cuatro grandes diarios que se publican en Cali, son propiedad de tres grupos que integran el gran capital regional: el grupo Lloreda con *El País*; el grupo Caicedo con *El Diario Occidente*; y el grupo Londoño con el diario *El Pueblo*. Lo anterior establece, de un lado, una clara relación entre la prensa y el gran capital en la ciudad; de otro lado y, en segundo lugar, la fuerte correlación entre el poder sobre los medios de prensa y el poder político en la región.

Collins afirma que ha habido un cambio importante en los tipos de propietarios de los medios de información escritos en la ciudad. Un cambio que va de propietarios con poco poder económico fuera del campo comunicativo –Ignacio Palau Valenzuela con *El Correo del Cauca* (1903); Rafael Isidro Rodríguez con *El Crisol* (1938); y, la familia Zawadsky con el *Relator* (1915))– hacia una plena integración con los intereses del gran capital regional –la familia Borrero y el *Diario del Pacífico*; la familia Lloreda y *El País*; la familia Caicedo y *El Diario Occidente*; y la familia Londoño con *El Pueblo*. Concluye Collins, que algunos grupos específicos de capital han establecido periódicos con una baja rentabilidad relativa, con el fin de proyectarse en el campo político.

Lo anterior permite que el poder político resultante del grupo establecido se convierte en un elemento positivo

frente al proceso de acumulación de capital específico del grupo. Lo que indica la penetración del capital dentro del Estado, la apropiación real del órgano público por parte de intereses específicos de la burguesía y su fuerte influencia en la definición de políticas estatales. Todo el proceso anterior ocurre en el contexto de cambios profundos de la economía regional, como son: la expansión de la agroindustria de la caña de azúcar, la consolidación del sector comercial y un sector manufacturero en el área de Cali-Yumbo, con fuerte inversión extranjera.

Otro estudio importante relacionado con la ciudad, fue el desarrollado por John Walton (1977). Éste se centra en el concepto de clase económica y se aproxima a la identificación de unas “élites agrarias” e “industriales”, implicadas en lo político, con lo cual plantea una relación directa entre la posesión de recursos económicos y la capacidad real de influir en las instancias del Estado. Su preocupación fundamental es la de ubicar a la élite de poder en tanto grupos con gran propiedad de recursos económicos que acceden a espacios estatales de poder. Aporta información valiosa ya que identifica a los individuos de la élite de poder, así como los espacios institucionales de Estado que controlan e influyen.

Esta investigación es muy cercana en sus propósitos al estudio de Álvaro Camacho Guizado (1977). Este último analiza la construcción de “comunidades de intereses”, como una red de interrelaciones sociales entre los grupos de personas que administran y ejecutan las políticas empresariales de la clase dominante, comunidades que planean

la ganancia y la explotación. Establece la forma como se constituyen las “redes de relaciones de las sociedades anónimas” y del sector bancario. Es interesante la manera como introduce la dimensión familiar, en tanto soporte material que agencia la articulación de intereses económicos, capaz de concretarse como una poderosa comunidad, en sí misma, con una intrincada red de relaciones económicas.

A diferencia de los anteriores trabajos, Álvaro Echeverry Uruburu toca de manera más concreta en su investigación un problema más afín a los propósitos de este estudio. Echeverry Uruburu se plantea el problema de identificar “¿quiénes detentan efectivamente el poder político en Colombia?, ¿cómo lo detentan?, ¿a través de cuáles instancias institucionales y en qué forma?” (1993). Para responder a estas cuestiones señala los niveles del aparato estatal donde se adoptan las decisiones fundamentales, y ubica a los individuos de élite provenientes del sector económico.

Centra la investigación en dos aspectos importantes: el primero, tiene que ver con algunas “decisiones tipo” que permiten ubicar la posición adoptada por las élites; y, el segundo, identifica el carácter de las élites colombianas en términos familiares, alianzas matrimoniales o de parentesco, capacidad de renovación y apropiación de centros neurálgicos del poder en el Estado. Para lo anterior, selecciona a todos los ministros de 1958 a 1990, y desarrolla el tejido de relaciones de quienes se ubican en los espacios institucionales de toma de decisiones fundamentales.

Con una perspectiva más regional, están las investigaciones adelantadas por Ogliastri (1995), fundamental-

mente, sobre la estructura de poder regional integrada a la red nacional. Ogliastri indaga sobre los sectores que combinan poder público y privado. A estos grupos los denomina *polivados*. Es decir, aquellos que hacen carrera en los sectores público y privado. En este estudio se ubican las diversas formas de estructuración del poder dependiendo del tamaño de la ciudad, concluyendo que: “un discreto poder personal era suficiente en la ciudad pequeña, pero se necesitaba una agremiación privada en las mayores” (*Ibid.*). Y se detectan los sectores que se encuentran por fuera de las estructuras de poder, como trabajadores, Iglesia, mujeres, etc.

De otro lado, E. Ogliastri y C. Dávila (1996), presentan tres áreas conceptuales para el ejercicio de investigación sobre la estructura de poder y desarrollo en once ciudades colombianas: la estructura de poder en actividades de desarrollo económico; el proceso de desarrollo económico y social en cada ciudad dentro de la estructura regional; y la ideología y estrategias por parte de quienes tienen el poder para dirigir el desarrollo en las ciudades. Los autores parten de la hipótesis según la cual con el desarrollo económico se da un proceso de mayor fragmentación y pluralismo en el poder que se ejerce en las ciudades, para lo cual se analizan dos variables claves: la composición de la estructura de poder y la concentración de poder. Con base en los resultados de la investigación concluyen que el poder está más concentrado en las ciudades más desarrolladas, lo que refuta la hipótesis de que el poder se fracciona a medida que las ciudades crecen.

El punto de partida del estudio fue identificar la élite en cada ciudad, y para ello utilizaron cuatro indicadores “metodológicos” de poder: la metodología posicional, que se refiere a las personas que ocupan la máxima posición en diversas entidades; la reputacional, grupos u organizaciones con la mayor influencia en la vida y desarrollo de la ciudad; la participativa, personas, grupos u organizaciones que más participan en los proyectos de desarrollo; y, finalmente, la decisional, las personas o entidades que habían tomado las decisiones claves.

En términos de trabajo empírico, la investigación de Pachano (1991) aporta de manera importante al estudio de las élites políticas en Suramérica. Concibe la configuración de las élites en el marco de la modernización y los cambios que ella implica en las nuevas formas de constitución y de mecanismos de legitimación de dichos grupos: la élite se define, ahora, según razones concretas de vida de la sociedad; las élites son una construcción social y por ello necesitan de una legitimación en ese ámbito; y, a su vez, se hace necesaria una normatividad que enmarque ese proceso. En consecuencia, la élite será más legítima en tanto mayor sea su relación con la sociedad de la cual surge –tomando legitimidad como aceptación social de la dominación.

Esta investigación aporta por el uso que hace de las categorías clásicas de la teoría elitaria; por la relación entre legitimidad y constitución de élite política; la relación de las nuevas élites políticas y la modernidad de los sistemas políticos en el Ecuador; la constitución de las élites polí-

ticas y la clase política, así como sus diferencias teóricas y empíricas. Ella introduce el tema de la relación existente entre la élite y la construcción de una cultura política que va de las representaciones y estimaciones de la gente, hasta la élite como moldeadora también de costumbres y valoraciones de la cultura política. El estudio de Pachano sobre las élites políticas, a partir de los diputados ecuatorianos, se constituye en un “hallazgo” clave para el estudio de las élites en Cali.

Finalmente, la investigación sobre las élites del siglo XVII adelantada por Peter Burke (1996) constituye un extraordinario estudio de historia comparada entre Venecia y Ámsterdam, que define a las élites o “grupos elevados”, a partir de tres criterios: rango, poder y riqueza. Para adelantar la indagación, el autor señala que ha adoptado el procedimiento prosopográfico, es decir, a partir del estudio de biografías colectivas: “[...] la biografía de 553 hombres” (*Ibíd.*, 39). Señala, sin embargo, los riesgos y limitaciones del referido método, en tanto que: se “[...] corre el peligro de tratar la muestra sobre la que se tiene información confiable como una muestra representativa de toda la población que se estudia, cuando este no es el caso” (*Ibíd.*, 40).

Por eso, centra su atención, en primera instancia, en los individuos sobre los cuales tiene la más plena información. Este problema, hallado por Burke, es central para el desarrollo de esta investigación, al punto de constituirse en una de sus unidades de análisis dada la imposibilidad de obtener información completa sobre el grupo definido como élite.

Vistas algunas de las perspectivas teóricas sobre élites, así como ciertos estudios empíricos sobre el asunto, se trata de establecer un enfoque que ayude en la comprensión de la élite como un asunto con una larga tradición teórica e investigativa.